

# El tatú y su capa de fiesta

Las gaviotas andinas se habían encargado de llevar la noticia hasta los últimos rincones del Altiplano: habría una gran fiesta a orillas del lago.

Las riberas del Titicaca se alegraban por el entusiasmo que sus vecinos ponían en celebrar la ocasión. Se acicalaban y limpiaban sus plumajes y sus pieles con los mejores aceites especiales. Se sentían murmullos de aprobación cuando algún comensal hacía su entrada ataviado con prendas majestuosas.

Todo esto lo sabía Tatú, el quirquincho, ya había asistido a algunas de estas fastuosas fiestas. En esta ocasión deseaba ir mejor que nunca, pues recientemente había sido nombrado integrante muy principal de la comunidad. Y comprendía bien lo que esto significaba...

Él era responsable y digno. Esas debían haber sido las cualidades que se tuvieron en cuenta al darle este título honorífico. Ahora deseaba deslumbrarlos y hacerlos sentir que no se habían equivocado en su elección.

Todavía faltaban muchos días, pero en cuanto recibió la invitación se puso a tejer un manto nuevo, elegantísimo, para que nadie quedara sin advertir su presencia espectacular.

Era conocido como buen tejedor, y se concentró en hacer una trama fina, fina, a tal punto, que recordaba algunas maravillosas telarañas de esas que se suspenden en el aire, entre rama y rama de los arbustos,

luciendo su tejido extraordinario. Ya llevaba bastante adelantado, aunque el trabajo, a veces, se le hacía lento y penoso, cuando acertó a pasar cerca de su casa el zorro, que gustaba de meter siempre su nariz en lo que no le importaba.



Al verlo, le preguntó con curiosidad: -¿Qué haces?

-No me distraigas, que estoy muy ocupado- le contestó inquieto el Tatú, pues el zorro le producía cierta desazón.

-¿Estás enojado?- insistió el visitante. -¿Porqué habría de estarlo? -Entonces dime, ¿qué estás haciendo con tanto afán...?

-¿No ves que tejo una capa para ponérmela el día de la fiesta en el lago?

-¿Cómo? -sonrió el zorro irónicamente- ¿Piensas ir esta noche con eso que todavía no terminas?

El quirquincho levantó sus ojos, algo

miopes, de su trabajo, y con una mirada perdida y angustiada exclamó:

-¿Dijiste hoy en la noche? -Por supuesto... En un rato más nos encontraremos todos bailando...

¡Qué fatalidad! ¿Cómo pudo haber pasado tan rápido el tiempo? Siempre le sucedía lo mismo... Calculaba mal las horas... Al pobre Tatú se le fue el alma a los pies. Una gruesa lágrima rodó por sus mejillas. Tanto prepararse para la ceremonia... El encuentro con sus amigos lo había imaginado distinto de lo que sería ahora. ¿Tendría fuerzas y tiempo para terminar su manto tan hermosamente comenzado?

El zorro captó su desesperación, y sin decir más se alejó riendo entre dientes. Sin buscarlo había encontrado el modo de inquietar a alguien... y eso le producía un extraño placer. Tatú tendría que apurarse mucho si quería ir con vestido nuevo a la fiesta: ¡ji, ji, ji...

Y así fue. Sus manitos continuaron el trabajo moviéndose con rapidez y destreza, pero debió recurrir a un truco para que le cundiera. Tomó hilos gruesos y toscos que le hicieron avanzar más rápido. Pero, ay, la belleza y finura iniciales del tejido se fueron perdiendo a medida que avanzaba y quedaba al descubierto una urdimbre más suelta.

Finalmente todo estuvo listo y Tatú se

engalanó para asistir a su fiesta. Entonces respiró hondo, y con un suspiro de alivio miró al cielo estirando sus extremidades para sacudirse el cansancio de tanto trabajo. En ese instante advirtió el engaño... ¡Si la luna todavía no estaba llena! Lo miraba curiosa desde sus tres cuartos de creciente...

Un primer pensamiento de cólera contra el viejo zorro le cruzó su cabecita. Pero al mirar su manto nuevamente bajo la luz brillante que caía también de las estrellas, se dio cuenta de que, si bien no había quedado como él lo imaginara, de todos modos el resultado era de auténtica belleza y esplendor. No tendría par a qué deshacerlo. Quizás así estaba mejor, más suelto y aireado en su parte final, lo cual le otorgaba un toque exótico y atractivo. El zorro se asombraría cuando lo viera...

Y, además, no le guardaría rencor, porque sido su propia culpa creerle a alguien que tenía fama de travieso y juguetón. Simplemente él no podía resistir la tentación de andar burlándose de todos... y siempre encontraba alguna víctima.

Pero esta vez todo salió bien: el zorro le había hecho un favor. Porque Tatú se lució efectivamente, y causó gran sensación con su manto nuevo cuando llegó, al fin, el momento de su aparición triunfal en la fiesta de su amigo Titicaca.